

Dr. Gustavo Mujica Cervantes

Un siglo de Manicomio

A mediados del siglo pasado comenzó la preocupación pública por el problema del enfermo mental. Los vecinos de la tranquila aldea grande que era Santiago se sintieron alarmados por los desmanes y atentados a la moral que realizaban los alienados en la vía pública y comentaban en las tertulias la necesidad de solucionar el problema.

Es así como en 1843 doña Clementina de la Cerda testó, dejando sus bienes para la construcción de un futuro Manicomio,

Pocos años más tarde, un militar progresista, el Teniente Coronel don Francisco Angel Ramírez, visitó Lima y quedó impresionado por la visión del Manicomio de esa ciudad. Al ser designado Intendente de Santiago inició una persistente lucha en pro de los alienados y consiguió por último, la fundación de la Casa de Orates de Nuestra Señora de los Angeles, en agosto de 1852.

Era la Casa de Orates, en ese entonces, un inmenso caserón ubicado en el barrio Yungay. No se conocían tratamientos útiles para los locos y por ello los alienados vagaban bajo los árboles de la inmensa quinta, haciendo visajes, hablando solos o dirigiéndose a sus alucinaciones a grandes gritos... Era un "loquerío" y no un Hospital; allí se llevaba al enfermo mental para evitar sus de-

predaciones y para que la sociedad no sufriera el espectáculo de sus propias debilidades caricaturizadas al máximo.

Don Fermín Vivaceta, que fuera un hábil arquitecto, diseñó el edificio del actual Manicomio Nacional que entró en funciones en 1858. En esa época la capacidad del establecimiento era de 272 enfermos y se consideró suficiente para las necesidades de la época.

La Casa de Orates ubicada en la calle de los Olivos, pronto tuvo una siniestra fama. Según los vecinos que escuchaban los gritos horrosos de los reclusos, su interior era comparable a un infierno. Recordemos que en aquella época no existía ninguno de los tratamientos conocidos hoy, por lo que el enfermo mental preocupaba sólo a la sociedad cuando era temible y en el momento en que requería aislamiento. La locura era fatal y nadie regresaba de ella; las familias en las cuales aparecía un trastornado, lo ocultaban cuidadosamente, si era posible en alguna quinta de Renca o Tobalaba. Las futuras suegras maniobraban frente a los galanes de sus hijas para esconder "la vergüenza familiar". Los pobres alienados de las familias pudientes aullaban solitarios en los suburbios de Santiago y alguna "allegada" o "guacha" de confianza soportaba sus desaguisados.

Los no pudientes llevaban sus enfermos al Manicomio, el de la calle Olivos. Sus murallones de adobes podrían contar infinitas cosas. En aquellos tiempos de la iluminación a gas, cuando nuestros abuelos usaban bastones de bambú, chalecos de piqué, cuellos incómodos y zapatos abotonados; cuando se estilaban bigotes atildados y barbas contundentes; desde antaño hasta hoy sus grises patios alojan a aquellos que la sociedad no quiere ver en su seno.

En las tristes noches del otrora los paseantes rezagados, aquéllos que regresaban de las tertulias con mistelas, apuraban el paso por la calle de los Olivos. Un temor les recorría el espinazo al mirar los muros del Manicomio, y el taconeo se hacía rápido al escuchar el ulular de los locos que ellos imaginaban en el revolcarse de un suplicio espantoso. Se murmuraban leyendas de tristes capturados por hipotéticas herencias; dulces niñas encerradas por padres tercios y por amo-

res imposibles, niñas que vagaban desmelenadas en las noches lunares confundiéndose con ánimas y aparecidos; ancianas diabólicas, entre brujas y envenenadoras, se guardaban, según los charladores, en calabozos encementados para pagar sus crímenes y maleficios; engendros de amores castigados saldaban en la tierra el pecado de los padres; monjas locas, sacerdotes embrujados...

En fin, la calle Olivos en las noches estaba plena de un hálito mágico que envolvía a la Casa de Orates y que estremecía a los reposados vecinos de Santiago del siglo pasado. Los parientes de los asilados, acudían ocultamente y pegados a las paredes a llevar algunas cosas a los enterrados en vida. Si, enterrados en vida, cuyos nombres no se mencionaban, cuyos retratos tomaban el aspecto de los muertos, cuyos recuerdos lentamente se borraban y sólo resurgían en el momento de una silenciosa desaparición.

Hace más de sesenta años, en 1891, se pidió el ensanchamiento del Manicomio, pues ya alojaba tres veces más enfermos que su capacidad real. Se discutió el asunto, se hizo campaña y por último, se lograron terrenos en la antigua Casa de los Huérfanos. Allí se levantaron confortables pabellones separados que (no hay nada nuevo en este mundo) ¡fueron ocupados en necesidades del Ejército Nacional!

Así pues, el problema del hacinamiento y poca capacidad del Manicomio es más antiguo de lo que imaginamos. En 1911 la Beneficencia Pública designó una comisión, presidida por el doctor Alejandro del Río, para que estudiara la construcción de un nuevo Manicomio. Nueva campaña, nueva discusión y, como siempre, se habilitaron nuevos "pabellones provisorios" para las necesidades inmediatas. Dichos "pabellones provisorios" tienen hoy más de cuarenta años.

En 1925, el doctor Jerónimo Letelier trazó una política asistencial psiquiátrica en un informe a la Junta Central de Beneficencia. Preconizó la creación de hospitales psiquiátricos en las principales ciudades de nuestro país y la formación de Asilo-Colonias de ti-

po agrícola destinados a los enfermos crónicos, irrecuperables. El informe del doctor Letelier provocó revuelo en el ambiente asistencial del país, pero . . . , además del revuelo, nada más hubo.

Para continuar con las fechas, diremos que en abril de 1950, la Junta Central de Beneficencia y Asistencia Social acordó construir un Hospital Psiquiátrico en vista de su absoluta urgencia e indispensable necesidad.

He aquí, resumido en poco, toda la historia centenaria de nuestro Manicomio Nacional. No es muy halagüeña, a decir verdad, la posición de trastienda olvidada en que ha permanecido no sólo el edificio mismo, sino que la psiquiatría como ciencia y arte.

El clima dantesco que impregnara la especialidad, se ha ido desvaneciendo poco a poco para dar lugar a una comprensión racional y científica del problema de la locura. Lo que antaño fué maleficio, es hoy un síntoma; lo que antes una brujería, ahora una esperanza; el castigo de las culpas no era tal, sino gérmenes visibles; lo fatal e incurable dejó de serlo y, ante el asombro de los legos, los tratamientos desmintieron aquellos movimientos de cabeza y elevar de hombros de los escépticos.

La Insulinoterapia, el electro-shock, el tratamiento por el trabajo y la actividad de grupo, la Psicoterapia individual y colectiva, en fin, la cruda luz de la ciencia ha hecho que el trastornado sea un ser comprensible y, lo más importante, recuperable en un alto porcentaje para la sociedad.

Nuestro país, que algunos ven como sumergido en la calma paradisiaca de la siesta colonial, posee un alto grado de preparación técnica. En todos los aspectos del conocimiento podemos ver que el criollo, superando muchas veces el dique de lo material, alcanza una superación inesperada. Es así como el universo maravilloso del psiquismo no es desconocido para nuestros especialistas. Siempre ha habido en Chile pioneros modestos y poco conocidos que han hollado senderos recién descubiertos o vírgenes de la ciencia y del arte. El médico que trabaja en forma aparentemente rutinaria en un

hospital cualquiera, se mantiene informado de los últimos adelantos y los aplica o los descubre. Su labor diaria, y por ende sublime, en favor de nuestro pueblo nunca se realiza lo suficiente. Mientras en otros países de mayor grado cultural y económico, el médico es en un gran porcentaje un pirata de consulta o un charlatán con pergaminos, en este lejano país del extremo sur el profesional tiene una tradición de hidalguía y generosidad que llega hasta el apostolado anónimo.

Recordemos en nuestro tema la figura de don Jerónimo Letelier, cuya visión del problema del alienado se adelantó a su tiempo. Recalquemos la imagen y tradición del maestro, doctor Arturo Vivado Orsini. Profesor de psiquiatría, miembro honorario de múltiples academias e instituciones científicas de América y Europa, gran científico, legó escuela y espíritu a sus discípulos. Huyó del bombo falso, se negó a utilizar su conocimiento en propio provecho y todo lo dió: ciencia, arte, saber humano, fama y honores.

Pioneros como ellos los ha habido y los hay en nuestro país; se les debe la altura técnica de la psiquiatría y su eficiencia, a pesar de los obstáculos materiales. ¿Qué otra cosa puede decirse después del esbozo histórico que hemos hecho de la vida centenaria de nuestro Manicomio?

Sigue siendo el mismo: un gran asilo disfrazado de hospital. Veámoslo: He aquí un patio del Manicomio Nacional. Sí, un patio porque, como ustedes saben, el enfermo mental raras veces permanece en cama. Está obligado a caminar por las limitadas extensiones de los departamentos de la Casa de Orates, mientras masculla sus recuerdos deshilvanados. Miremos un poco: allí está la anciana demente recolectando piedrecillas, pues son de oro; el labio caído gotea saliva; los ojos perdidos miran hacia adentro y ven placenteras visiones de antaño. El rumoroso estero que pasa en el fondo, los sauces llorones, la higuera de frutos dulces, los perales nevados de flores en primavera. La anciana se detiene en su recolección mágica y escruta el cielo, ese cielo implacable de gris y frío invernal. Son-

ríe bobamente y siente de nuevo el grato calor de las siestas de la infancia cuando, en no importa qué domingo, dormitaba bajo aquella higuera de dulces frutos. Pasa el momento y sigue buscando piedrecillas, quizá con la oscura intención de comprar una parcela de Paraíso, un lugar verde y tibio para siempre.

Miremos el rincón: una joven pálida y desmelenada se sienta en ovillo y murmura para sí. Sólo vive por casualidad; toda ella está adentro, en el universo de lo mágico y lo nebuloso, en un mundo donde se siente el cantar de los astros y donde los números encierran contenidos complejos, muy complejos, hasta no darse cuenta uno... La realidad exterior no existe y sólo hay dentro gelatinas y caminos de zarza donde se anda a tanteos; el pensamiento palpa las ruinas y sólo encuentra escombros. Mujeres descabezadas que aúllan en silencio abriendo de par en par la boca, mostrando la glotis; el padre tonante de pecho peludo que da miedo; tanto miedo...

La otra mujer gorda que salta y ríe. La grasa la rellena y su fealdad tiene algo de diabólico dado por el brillo de sus ojos y las danzas primitivas que salta y salta. Se siente hermosa, tiene 15 años y es gran artista. Todos la aplauden y mil hombres la cortejan. Deforma la realidad de sus pobres recuerdos, transforma aquellas quintas sórdidas donde bailara tango en los sábados teñidos con alcohol, en una nebulosa gloria de un teatro sin butacas, con espectadores sin rostro, rígidos y fríos en su asombro. Pero es feliz, joven y hermosa; mil galanes la rodean y por eso baila y baila...

Ese es pues nuestro Manicomio: "loquerío", asilo adaptado malamente a las necesidades de los tratamientos por la acción de unos pocos pioneros y conquistadores de la ciencia. ¿Lo ha visitado alguno de ustedes? Háganlo y verán que toda descripción es débil.

En nuestro mundo contemporáneo y dentro de la esfera individualista de la sociedad en que nos toca vivir, la psiquiatría y sus problemas adquiere cada día mayor volumen. El clima de inseguridad en que se vive dentro de nuestra área, clima estimulado por la histeria bélica, individualismo, fuga de la realidad y otras lindezas,

el psiquismo humano soporta tal tensión que los eslabones débiles de la cadena estallan más y más, alimentando manicomios, policlínicas de consulta exterior, y no pocas veces, charlatanes y demiurgos.

Estas frases sin duda escapan a la intención de lo escrito, pero, el psiquiatra ausculta el sentir individual y colectivo y por ello puede, en ocasiones, escapar de los puramente técnicos. Allí está la persona entera frente a otra: su mente ha recogido los efluvios ambientales, de la familia, de la colectividad. No se puede ignorar esta última: cada ser refleja en su espejo lo que la sociedad le da.

¿Qué vemos hoy?

Frente a frente tenemos al gran matemático que no pudo estudiar y debe conformarse con ser un engranaje de la máquina burocrática; vemos a la gran artista frustrada que sólo puede jugar a la histeria en el mínimo escenario de la pensión familiar; escuchamos la desarmonía de la música, sensitiva de la mujer que nadie capta, que nadie escucha, que nadie siente. Sí, señor: vemos los crímenes sociales que día a día se cometen en contra del psiquismo, en contra de sus más altas funciones. En el futuro, ellos serán testigos en el proceso en contra de nuestra sociedad.

Hagamos algo por descargarnos de parte de las culpas.